

ESTUDIO

# Consuelo Armijo: un mundo sin obstáculos

**Anabel Sáiz Ripoll\***



*A Consuelo Armijo le hubiera gustado nacer duende o bruja pero, por suerte, es escritora de LIJ y, en su caso, esto quiere decir que a ratos ha sido no sólo bruja, duende o hada, sino batauto, machafato, oso, mono imitamonos y muchos otros personajes que ha inventado para sus lectores. Su obra es muy vasta, y contiene claves y valores que nos permiten entender la LIJ de las últimas décadas. Porque Armijo es ya una pieza fundamental de la historia de la literatura infantil, un «clásico» en activo, que no ha perdido frescura, gracia, imaginación...*

**7**

**CLIJ161**

**C**onsuelo Armijo Navarro-Reverter nació en Madrid en 1940: «A ella le hubiera gustado nacer duende o bruja o, por lo menos, hada. Pero resultó que nació niña y ¡ni siquiera rubia y con ojos azules como las que salen en los anuncios! Sino, según las fotos, pelona y con los ojos cerrados. <sup>1</sup>» De su infancia no guarda especial buen recuerdo: «En el colegio las clases me aburrían. Según las monjas, era tonta, y según yo, las tontas eran ellas (opinión que todavía sostengo)». <sup>2</sup>

Ahora bien, sí tiene en la memoria los cuentos que le contaron las criadas y todos los que, en cuanto aprendió a leer, pudo devorar ella sola. Leyó a Celia y a Pinocho, clásicos como *Oliver Twist* y *El príncipe mendigo* y, sobre todo, Guillermo. «Llegó un momento —nos recuerda— en que la lectura fue para mí una especie de tabla de salvación.» <sup>3</sup>

### Una escritora «clásica», imprescindible

Consuelo Armijo empezó a ejercer temprano su vocación de escritora y sus primeros cuentos se publicaron en las revistas *Bazar* y *La Ballena Alegre*. Ella explica su manera de escribir: «Yo escribo sentada, no uso la mecedora. Escribo con lápiz. Las palabras traen palabras. En el momento se va desarrollando la acción. No me sé planear, así no me saldría. Intento hacer literatura. Si está bien hecha puede ser apreciada por los mayores. Para mí es un arte escribir». <sup>4</sup> Por otra parte, ella es consciente de que sus libros gustan entre los más pequeños: «Creo que no hay que descartar la probabilidad de que a lo mejor gustan porque son buenos. En realidad, no hay mejor seleccionador que el público. Entiende muchísimo más que todos los editores y todos los miembros de todos los jurados literarios juntos». <sup>5</sup>

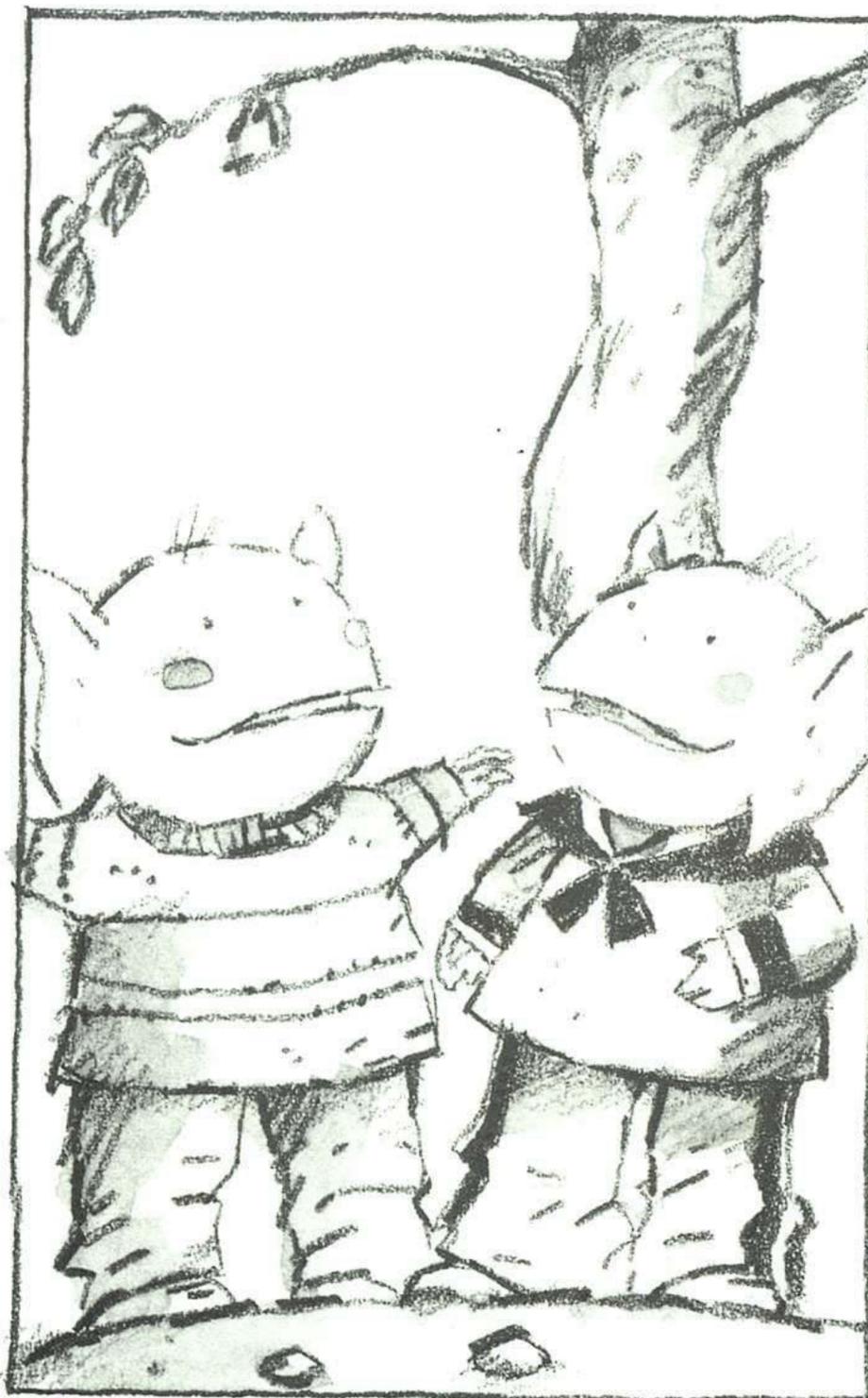
Ha sido premiada en distintas ocasiones por una obra sugerente, cuyas claves fundamentales son el humor y la libertad creativa, como tendremos ocasión de analizar. En la lista de galardones que ha obtenido figura el Premio Lazarillo de 1974, por *Los Batautos*, así como el de la CCEI de 1976, también por *Los batautos*; el Barco de Vapor de 1978, por *El Pampino-*

*plas*; el de la CCEI de 1980, por *Aniceto el Vencecanguelos*; y el accésit de la AETIJ de 1984, por *Guiñapo y Pelaplátanos*. Algunas de sus obras han aparecido, además, en la Lista de Honor de la CCEI: *Más batautos* en 1979; *El Pampinoplas* en 1981; y *Los batautos en Butibato* en 1987. Por otro lado, *Serese una vez* recibió una mención especial en la «Annual International Selection of Notable New Books The White Ravens» de la Biblioteca de Múnich, en 1988.

Su obra no es de una vastedad apabullante, pero sí contiene claves y valores que nos permitirán entender la literatura

de las últimas décadas. Porque si un calificativo se adapta bien a Consuelo Armijo es el de «clásica», lo cual no se debe entender como «aburrida y tradicional», sino justo lo contrario; esto es, la escritora es ya una pieza fundamental de la historia de la literatura infantil y un punto de referencia para todo el estudioso que se interne en ella, aunque, y ésa es su particular virtud, no ha perdido ni un ápice de frescura, de lozanía ni de gracia.

Sus títulos, dirigidos al público más menudo —de 4 a 7 años— siguen leyéndose y, lo que es mejor, Consuelo Armijo en ningún momento ha dejado de



ÁNGEL ESTEBAN, LOS BATAUTOS HACEN BATAUTADAS, SM, 1992.

escribir para satisfacción de todos. Veamos su obra, en una enumeración rápida: *Los batautos, Más batautos, Los batautos hacen batautadas, Los batautos en Butibato, Serase una vez, Mercedes e Inés o cuando la tierra da vueltas al revés, Mercedes e Inés viajan hacia arriba, hacia abajo y a través, Inés y Mercedes o cuando los domingos caían en jueves, Los machafatos, Los machafatos siguen andando, Guiñapo y Pelaplátanos, Ban, Bin, Bon, arriba el telón, Risas, poesías y chirigotas, Macarrones con cuentos, Moné, El Pampinoplas, Aniceto el Vencecanguelos, En Viriviri, El Mono imitamonos, Pii, Caminos sin trazar, Marabato.*

No hay que olvidar sus representaciones para televisión y varios guiones para *Barrio Sésamo*. Su obra *Mercedes e Inés o cuando la tierra da vueltas al revés* se adaptó para la pequeña pantalla, así como la representación *Disimulando* (adaptación de *Bam-bim bom ¡arriba el telón!*).

La compañía teatral La Cabra Loca ha llevado a la escena por Extremadura, Madrid y Salamanca, entre otras obras suyas, *Guiñapo y Pelaplátanos*. En este estudio, no obstante, nos centraremos más en los relatos y en las narraciones que en las obras teatrales, que siguen, lógicamente, otras pautas, aunque no dejaremos de mencionar algunos ejemplos.

El humor que cultiva Consuelo Armijo entronca directamente con el *nonsense* y «es poco frecuente en la tradición literaria española en lo que se refiere a libros para niños; quizás habría que buscar un precedente en Antoniorrolles...». <sup>6</sup> «El humor —añade la autora— tiene que ser importante para todo el mundo. El humor es la mejor manera de salir a flote de la vida. El humor es una defensa. Los dramas también tienen su parte de humor.» <sup>7</sup>

El *nonsense* puede definirse como un continuo de escenas y situaciones disparatadas, en las que las ideas e imágenes se engarzan de manera libre y sin ninguna lógica. Los personajes del *nonsense* nada tienen que ver con los cuentos de hadas y, si son éstos, no siguen sus «roles» prefijados. La narración sigue los caminos de lo incoherente, absurdo y desatinado. Importa más lo sensorial y lo fantástico que lo racional. Son textos

llenos de magia y de luz con personajes extraordinarios que pueden ser animales o seres distintos. Así, el *nonsense* guía al lector hacia la fantasía y juega con el idioma, con las palabras para provocar la sorpresa y el disparate continuos. «El *nonsense* —dice la autora— el “sin sentido” en su traducción castellana, está definido en su mismo nombre. Es la literatura del disparate. En realidad yo escribo lo que me sale de dentro y no me he preocupado nunca de cuáles son las claves de mi literatura.» <sup>8</sup>

Para Consuelo Armijo, «el *nonsense* está un poco en la vida; no sabemos muchas cosas: la luz, el espacio, la tierra... Una reacción puede ser el *nonsense*. Escribo *nonsense* para que la gente se cuestione su vida y me lo preguntan a mí por mis libros. Menos mal que hay que comer y trabajar para vivir, si no, estaríamos pensando todo el día y esto no puede ser.» <sup>9</sup>

Y es que para nuestra autora: «El mundo en que vivimos es un completo *nonsense*, ¡aunque lo veamos todos los días! Así que no está mal acostumbrar a la joven generación al *nonsense*, ya que, a lo mejor, la solución a todo este tinglado nos puede parecer ahora tan

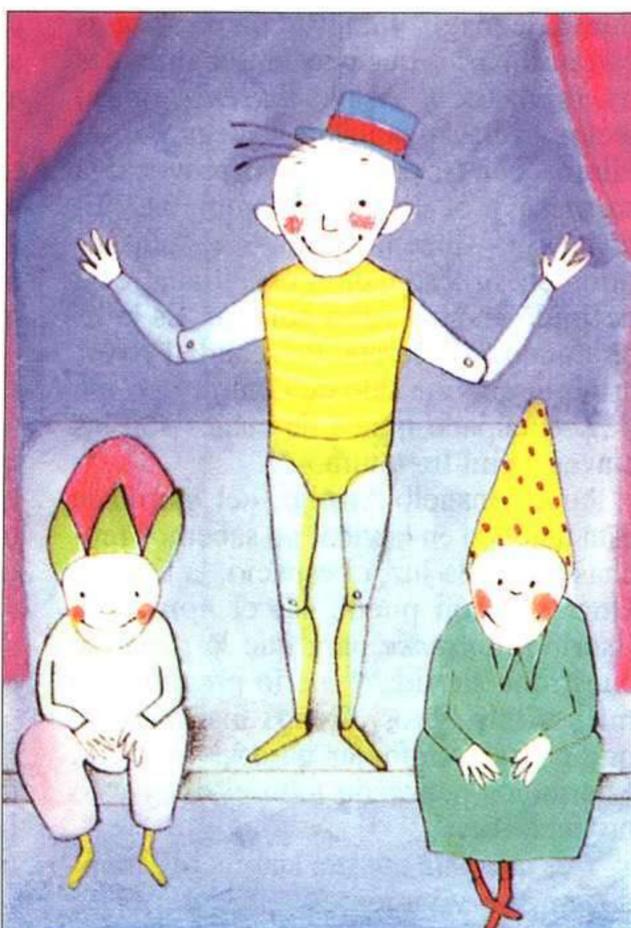
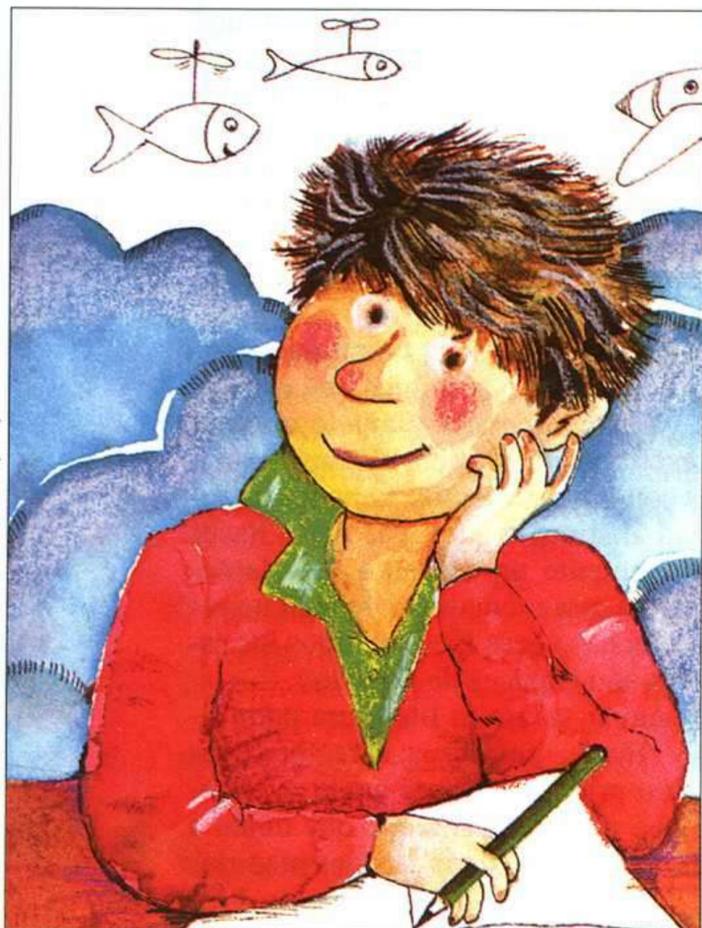
disparatada como a nuestros antiguos antepasados les parecería la idea de ver a un señor que está a miles de kilómetros con sólo apretar un botón, o que la tierra es un diminuto planeta, de una estrella catalogada como “enana amarilla”. Una pequeña estrella entre los miles de millones de estrellas de una de las innumerables galaxias.» <sup>10</sup>

La autora defiende la literatura infantil de una crítica o polémica que esperamos ya esté superada y añade que «el que escribe para alguien, que por edad u otros condicionamientos, tiene una mentalidad distinta a la suya, debe hacer continuamente un esfuerzo de adaptación a esa otra mentalidad, lo cual no resulta muchas veces fácil, ni todos los escritores son capaces de hacerlo.» <sup>11</sup>

En suma, valora la literatura para niños y añade, entre sus características que, «lo principal es que guste a los niños, que atraiga su interés, que dejen a medio leer, sin recurrir a trucos manidos



CARMEN ANDRADA, BAM, BIM, BOM, ¡ARRIBA EL TELÓN!, MIÑÓN, 1981.



ni facilones o que transmitan violencia. Las formas de conseguirlo son infinitas y todas válidas. Dependerán de la personalidad, originalidad, creatividad y forma de escribir del autor. Si además de eso también transmiten otros valores como sentido del humor, poesía, ironía, tolerancia, etc., pues tanto mejor». <sup>12</sup>

Consuelo Armijo define el paisaje de su literatura: «Con colores, lleno de colores. Y con mariposas, y con mar, con la montaña, con gente que no esté atada a la tierra, que puede volar, que puede saltar, que no tiene ligaduras. Con personas buenas, sin envidias, sin trampas. Un mundo sin obstáculos. Una utopía». <sup>13</sup>

## Personajes sorprendentes

Si Consuelo Armijo puede ser identificada con un personaje, no nos queda duda que será el *batauto*. Los *batautos* son su creación más afortunada, aunque no fue fácil —como nos cuenta ella misma— que le aceptasen el original: «Me costó mucho publicarlos. Nadie quiso hacerlo hasta que no me concedieron el premio Lazarillo». <sup>14</sup>

Pero ¿quiénes son los *batautos*? Aun-

que los ilustradores no ayuden mucho —cada uno opta por un tipo de figura diferente—, la autora trata de centrarlos, de una manera general y equívoca, quizá para despertar aún más la curiosidad en el pequeño lector. Se trata de unos personajes que no siguen un comportamiento convencional y que son diferentes y extraordinariamente divertidos: «Los *batautos* son unos seres verdes con orejas al principio de la cabeza y pies al final del cuerpo y que hacen *batautadas*. Sí, todos los días hacen un montón de ellas, y si vosotros leéis este libro conoceréis muchos montones de *batautadas*» (*Los batautos hacen batautadas*, p. 6). Viven en Butibato —«que es donde van los globos que se escapan» (*Los batautos en Butibato*, pag. 6)— y son unos seres bondadosos y amistosos, que llevan una existencia tranquila y que aprecian las cosas sencillas de la vida: una chocolatada —aunque sea de naranjas—, una naranjada —aunque sea de chocolate—, un desfile improvisado, una buena merienda, unos premios sin utilidad, un paseo por el campo...

Entre los *batautos* más sobresalientes destacan cinco nombres que son los protagonistas de las historias: Peluso, que es

el intelectual del grupo, algo presumido, a veces pedante, con un punto de vanidad, muy dado a las rimas y el mejor amigo de Buu; Buu, tímido e ingenuo, muy influenciado y el mejor amigo de Peluso; Don Ron, el más anciano de todos: se proclama a sí mismo rey y tiene unas ideas bien disparatas, colecciona sonrisas de sus súbditos y le encanta que lo saluden con una voltereta; Erito, el *batauto* más gruñón, siempre protesta por todo, nunca se muestra de acuerdo, pero acaba cediendo en casi todas las ocasiones; Gusi, el patoso entre los *batautos*, un poco miedoso e inocente; Pizcochón, el más joven, el que llega en el último libro publicado hasta el momento y del que, por ahora, poco sabemos.

Pero mejor que nos los presente la propia autora:

«Don Ron es el rey, y tiene tantos años, que se ha olvidado dónde tiene la cabeza y dónde los pies.

Peluso es muy listo (por lo menos eso se cree él), fue el que inventó la cometa, como pronto vais a ver.

Buu es su amigo íntimo, y todo lo que dice Peluso se lo cree. ¡Pobre Buu! ¡Así le va a él!

De Gusi cuentan que un día estaba tumbado en el suelo y se cayó. ¿Que cómo fue? ¡Así le va a él!

Erito es muy sensato y un poco malhumorado» (*Los batautos hacen batautadas*, p. 6).

Las relaciones entre estos seres son muy cordiales, aunque cada uno tiene su propia personalidad y criterio; así resulta muy divertido ver cómo Peluso y Buu opinan uno del otro que «no comprende las cosas» y acaban cediendo por amistad.

Para los *batautos*, los niños son seres extraños que definen así: «Unos seres raros que viven en ciudades o pueblos en lugar de vivir en los bosques y que, en vez de tener orejas encima de la cabeza, la tienen a los lados» (*Los batautos*, p. 72). Y es lo lógico porque en Butibato, los niños serían tan estafalarios como aquí los *batautos*. Se trata de saber comprender las cosas, como diría Peluso.

Otros personajes estafalarios son los machafatos, que protagonizan distintas historias y que son 10 en total. Se caracterizan por tener el pelo largo y rosa. No necesitan dormir y casi ni respiran. Comen poco —pero son extremadamente



MARTA BALAGUER, LOS BATAUTOS EN BUTIBATO, MIÑÓN, 1986.

golosos— y los afecta una enfermedad misteriosa: el parampampé. Les gusta caminar y observar el mundo porque son curiosos por naturaleza y se desplazan de manera ordenada, en fila india, los pequeños delante y los mayores detrás. Gracias a los machafatos, el niño conocerá campos, montañas, ríos, valles, carreteras; verá cómo pasan las estaciones, cómo llegan las tormentas, cómo, en suma, se sucede el devenir en el mundo.

Guiñapo y Pelaplátanos —en el libro del mismo título— son otros dos personajes estrafalarios, propios del guiñol. Guiñapo es una marioneta y Pelaplátanos el policía que la persigue. Se trata de una obra teatral que, salvando las distancias, entronca con la más pura tradición esperpéntica. Las situaciones se salen de lo normal, los personajes aparecen descoyuntados, como marionetas; se ve el mundo a través de una máscara distorsionadora, aunque la imagen que ofrece no es dura ni dramática, sino graciosa y festiva.

Los personajes de *Serese una vez* no observan ningún comportamiento lógico, sino lo contrario. Desde una vaca que se cree gallina hasta un pobre santo, san Estanislao de Koska, que está tan tranquilo en su iglesia, pero al que no

dejan en paz: «Ya llevará lloviendo una semana. En la iglesia se habrá formado una gotera que caerá justo encima de san Estanislao. Éste se constipará y dará unos estornudos tan tremendos que apagará las velas de san Jenaro. Al final tanta agua caerá que todo se inundará, y el alcalde tendrá que llamar a los bomberos» (*Serese una vez*, p. 33).

Y, aunque podríamos mencionar otros personajes curiosos como el osito Mone o el Mono Imitamonos, nos detendremos en el último título hasta la fecha de la autora, *Marabato*. Pues bien, Marabato es otro tipo estrafalario y de difícil descripción, al que le gusta comer zapatos: «Marabato es como un perro con manos, solo que no tiene rabo, y de cara, ¡vamos!, es que no se les parece nada. Su cuerpo también es diferente. Ahora, todo lo demás es igual». (*Marabato*, p. 122). Y, por si fuera poco: «Marabato tiene tres amigos: uno rojo, otro verde y otro amarillo» (p. 7).

### Personajes humanos

Por las páginas de los libros de Consuelo Armijo también desfilan niños y

adultos, en especial ancianos, aunque no se trata en absoluto de seres cotidianos que nos podamos encontrar, por ejemplo, en una esquina. Ahí están Mercedes e Inés, que protagonizan las más deliciosas aventuras. Mercedes es una niña e Inés es su vecina, medio bruja o bruja del todo. Las dos lo pasarán muy bien haciendo de las suyas.

*El Pampinoplas* nos cuenta las vacaciones de Poliche en casa de su abuelo. Lo que parecía que iban a ser unos días aburridos, se convierten en mágicos de la mano del abuelo que sabe divertirse y del Pampinoplas que no para de enredar, aunque, al final, acaba descubriéndose y viviendo como un vecino más en el pueblo. En un momento del cuento, los vecinos, casi todos mayores, deciden dar una fiesta para el niño y resulta conmovedor ver que todos vuelven a ser niños: «Pero Poliche no tuvo tiempo de contestar porque en ese momento apareció Anacleto vestida con un delantalito rosa y saltando a la comba. Detrás iba el abuelo vestido de marinero y con el pelo pintado de negro, igualito al niño de la foto. Luego venían Luis y doña Rufina (esta última con un aro) y el alcalde y don Luciano y otras cuantas personas más, todos vestidos con trajecitos cortos de alegres colores, y se pusieron a jugar al corro, la mar de retozones» (*El Pampinoplas*, p. 71-72).

En *Viriví* se combina la presencia de humanos con la de seres mágicos; así llegan las hadas, que ayudan a la gente; o las brujas, que deshacen las camas. En *Viriví* vive don Rilito que tiene una máquina que hace cosas —como pintar todo el pueblo de rosa—, también doña Botines —que quiere un vestido de volantes aunque así se ve muy gorda— y su marido, Celestino, que siempre se disfraza. Están el perro Mamarracho y su dueño, Salustiano. También la gata Natillas y su dueña Natalia, que olvida preparar las rosquillas y todo el pueblo se queda sin merendar.

Y dejamos para el final a Aniceto, que nos parece un personaje de gran interés. Aniceto es un héroe completamente atípico, una especie de antihéroe porque no concentra en sí ninguna cualidad especial, siempre tiene muchos miedos absurdos que casi le impiden actuar («La clase quedó en silencio. Aniceto sumó con los dedos y le salieron cuatro, pero

como nadie decía nada él también calló. ¡La pregunta debía de ser difícilísima! ¡Seguro que se había equivocado!» (*Aniceto, el Vencecanguelos*, p. 10). Aniceto («¡Huy, qué nombre tan feo!», p. 5) no tiene, a simple vista, no nos engañemos, ningún matiz positivo: sus compañeros se ríen de él, tiene un extraño miedo al ridículo y se inventa aventuras imaginarias que sólo él resuelve:

— Sólo se dedica a ganar carreras y así es fácil ser el vencedor: «Jugó a que hacía una carrera de saltos con todos los demás niños del parque. Saltó por encima de los armarios, pasó rozando las lámparas y, naturalmente, ganó. La gente aplaudía y sus compañeros se pusieron verdes de envidia» (p. 6).

— Cree que lucha contra un dragón, que no es otro que su propio miedo y lo vence con obstinación.

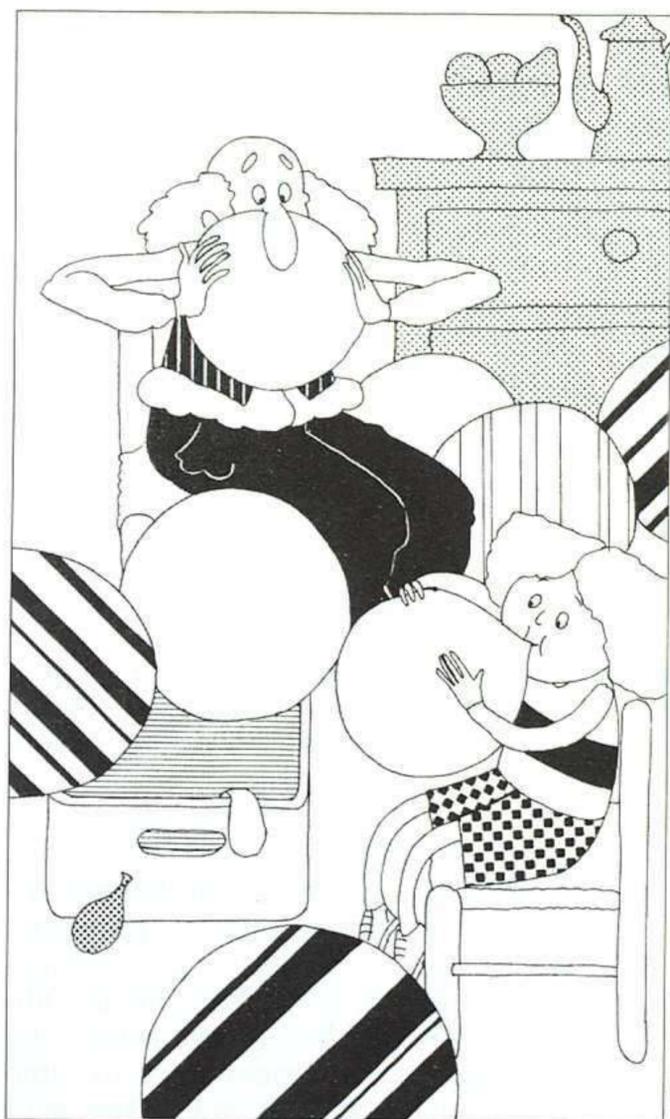
— Cree que su profesor de Química es un brujo porque él no entiende nada, hasta que se da cuenta de que lo que le falta es estudio.

Y así se suceden más aventuras, contra los salvajes (los vecinos de arriba), contra sus tíos (hasta que descubre que son personas normales), contra un león, contra el Parrisclislás... Gracias a su poderosa imaginación, que él utiliza como bandera, consigue vencer los obstáculos y dificultades y deduce cosas muy importantes como que hay que luchar contra la adversidad, aunque no siempre se gane: «Se había dado cuenta de que ser un niño que piensa es mejor que ser un loro de repetición. Aunque a veces se equivoque uno, ¡caramba!» (p. 19).

Aniceto representa una especie de desdoblamiento de conciencia y se dedica a crear tipos con los que luchar o enfrentarse; los mismos seres reales son vistos desde la óptica fantástica (Manuel: rata de dos patas, profesor: brujo). Aniceto, héroe y oponente en uno mismo, vence al final porque él es el señor de sus sueños, porque el oponente —la vergüenza, el temor, el miedo a hacer el ridículo, el sentirse inferior— irán desa-

pareciendo a medida que él se vaya haciendo mayor. Él mismo, al final de cada capítulo, concluye que no hay que tener miedo a ciertas cosas. Los canguelos, sus únicos oponente reales, serán vencidos al final, como ocurrirá seguramente, con los canguelos de todos los Anicetos del mundo, que son legión, aunque se sientan solos e incomprendidos muchas veces: «—¡Ni dragón ni canastos! —dijo la madre—. Vete al parque a jugar. En casa no haces más que estorbar» (p. 7).

Y es que Aniceto, con sus 10 años, es un niño que cae bien desde el principio, aunque siempre esté en la luna, aunque sea un aventurero imaginativo, aunque sueñe despierto. Es un niño con el que resulta fácil identificarse porque va al colegio, porque rompe cosas en casa, porque tiene problemas con la Química, porque imagina cosas raras. Es un pequeño Quijote y, como tal, representa la otra cara de lo humano: la de los soñadores, la de los pensadores, la de los idealistas y sensi-



ANTONIO TELLO, EL PAMPINOPLAS, SM, 1979.



CARMEN ANDRADA, MERCEDES E INÉS VIAJAN HACIA ARRIBA, HACIA ABAJO Y A TRAVÉS, NOGUER, 1982.

bles. Consuelo Armijo conoce muy bien la psicología infantil y conecta bien con los niños porque es fácil identificarse con un héroe que no lo es, que sólo es un niño al que, alguna vez, se le caen los canapés y las cosas.

Aniceto es la historia de un niño normal, que no hace nada de extraordinario, que no corre mil aventuras, que no es valiente ni arriesgado, que no tiene problemas familiares, que, simplemente, se esfuerza por crecer, hasta que un día se convierte en hombre: «Sintió, bueno, sintió, sintió que ya no era niño. Que empezaba a ser un hombre» (p. 155).

### El uso del idioma

Consuelo Armijo, acaso como pocos escritores dedicados a la literatura infantil, sabe jugar con las palabras, las lleva de la mano y les da una nueva forma, una nueva función, un brillo inusual y distinto. A este uso sorprendente y llamativo, Juan Cervera lo llamó «efecto tropezón»<sup>15</sup> ya que el lector no queda al margen de la lectura; es más, se sorprende y ha de volver a leer porque algo le llama la atención y le produce risa. Y es que la autora echa mano del absurdo, de las fórmulas que, aparentemente son ilógicas; pero que, si las miramos bien, no carecen de coherencia dentro del mundo mágico en el que la autora se mueve. Así, «puesto que uno y uno eran dos, una y una tenían que ser “das”, aunque esto último había muy poca gente que lo supiera» o «—Te haré primer ministro, Buu [...] —Y yo a ti, menestra —dijo, pues esa palabra le sonaba mucho» (*Los batautos*, pp. 45 y 52). Pero veamos más ejemplos:

— En *Más batautos*: Don Ron dice que prepara manzanilla ¡apretando una manzana!, «que pasa de manzana a manzanilla» (p. 12) o va a conseguir cosecha de arroz con leche porque ha plantado varias semillas de arroz mojadas con leche (p. 13).

— En *Serese una vez*: «Estará ya llegando la secon-vera, que es la que viene después de la prima-vera» (p. 21); la vaca Robustiana se pregunta: «¿Cuándo llegará el vera-sí?» (p. 43); «A lo que pasará ese día lo voy a llamar la incurción, pues en vez de irse las vacas del

prado, resultará que vendrá gente a él» (p. 63); o «las vacas son pacientes porque pacen y producen paz» (p. 92).

— En *Marabato*, su tía se iba a pasar este fin de «mesemana» (p. 31) y Marabato no tiene pesadillas, sino «peladillas» que «están encerradas en nuestra cabeza sin que nos demos cuenta, y por la noche se escapan y flotan» (p. 63).

La escritora da distintos usos a las palabras, las cambia o modifica según su intención: «A Erito le había dado un ataque de iriostincracia» (*Los batautos en Butibato*, p. 53), «Y como Marabato pesa muy poco, pero que muy requetepo-

co, pero que muy requetepoquísimo, el viento se lo lleva lejos, pero que muy requetelejos, pero que muy requetelejísimos» (*Marabato*, p. 11) o «su cumpleaños era dentro de dos meses, el día bifertino» (*Los batautos en Butibato*, p. 79) o «soy un tonto-retonto, un borrico-mulo», se insulta Erito a sí mismo (*Los batautos en Butibato*, p. 62). Acude también a expresiones muy coloquiales cuando lo precisa: «remilgás», «urdinarias», «preñás» (en *Serese una vez*) o frases: «¡Jesús, qué despendolo!» (*El Pampinoplas*, p. 22).

Es muy dada también a las rimas que



ANGEL ESTEBAN, MÁS BATAUTOS, SM, 1992.



CARMEN ANDRADA, MERCEDES E INÉS VIAJAN HACIA ARRIBA, HACIA ABAJO Y A TRAVÉS, NOGUER, 1982.

suele intercalar en distintos momentos para imprimir un tono más musical al texto: «... el conquistador, a quien todo el rato le está latiendo el corazón. Y el dragón se puso tan contento que corrió a ponerse un sombrero» (*Guiñapo y Pelaplátanos*, p. 98 y ss). Las rimas favorecen también el efecto cómico, así lo vemos continuamente en *Marabato*: «Y se dice que su tía se fue de turista a la Argentina, se gastó el resto de la lotería y lo pasó de maravilla» (p. 36).

Sin duda, nuestra autora emplea también con mucha frecuencia las onomatopeyas (*ay, cucú, tristrás, bub, tararí, ponpon, huy...*) o las exclamaciones: (*¡Zambombas y panderetas!*) y los nombres y palabras raras: *requetebrustispático, escalamochar* y muchas más.

El idioma que emplea Consuelo Armijo es rico en imágenes. En ese sentido, se halla muy cerca de la greguería

porque utiliza creaciones metafóricas llenas de gracia y de humor:

«El sol es una moneda de oro cayendo en una hucha» (*Marabato*, p. 76), «¡Las personas son plantas en libertad!» (*ibid.*, p. 77), «La noche es un mar negro sobre el que flotan las estrellas y los sueños» (*ibid.*, p. 60). La metáfora no es infrecuente en sus textos: «Saldrán las misteriosas estrellas, esos puntos que son inmensos mundos» (*Serese una vez*, p. 53); «La lluvia que caía ese día era una lluvia de colores, una lluvia de emociones, una lluvia de vida» (se refiere al confeti en *Marabato*, p. 46). No es infrecuente la comparación: «... se cayeron rodando cual croquetas por la montaña hasta llegar abajo», (*Los batautos*, p. 28], «... estaba tan negro como una mora madura, o un señor de África o un traje de luto (sólo que sin botones)» (*El Pampinoplas*, p. 46). Tampoco son ajenas a Consuelo Armijo las deri-

vaciones y los juegos de palabras: «beberse algo que gusta da gusto» (*Los batautos en Butibato*, p. 78) ni las antítesis, hipérbolos, personificaciones o concatenaciones. Tampoco es raro encontrar pequeños poemas o cancioncillas en sus páginas.

Resulta divertido observar, por ejemplo, que los batautos consideran los idiomas conocidos por nosotros como secretos. Veamos una cita que vale la pena: «Y Peluso empezó a pensar en todos los idiomas secretos que sabía existían: el alemán, el ruso, el japonés, que eran hablados por los alemanes, rusos y japoneses para que los extranjeros no los entendieran...» (*Los batautos en Butibato*, p. 52).

Consuelo Armijo, como ya dijimos en otra ocasión<sup>16</sup>, emplea un léxico normal en su forma pero no en su uso. Constantemente interviene la función metalingüística, ya que algunos términos han de explicarse otra vez porque domina la arbitrariedad; nunca como hasta ahora se demuestra que el signo lingüístico es arbitrario. Por ejemplo, en *Los batautos hacen batautadas* los meses no son de 30 días, existe una flor que se llama zalezal, las calles se cuentan por pinos y se conocen las vitaminas P y T.

## Estructura y formas del discurso

Una característica de los libros de Consuelo Armijo es que suele dividirlos en breves capítulos que se pueden leer de forma independiente, que presentan, por así decirlo, un universo semántico cerrado. Estos capítulos tienen un título propio y sólo se relacionan con el resto por los personajes que intervienen. Por lo tanto, en la mayoría de las ocasiones, no se trata de relatos clásicos; de ahí que, pese a tener un argumento completo, no pueda hablarse de planteamiento, nudo y desenlace.

El tono oral es importante en estos relatos, como lo es también la presencia de la autora, la cual aparece continuamente, en primera persona, para explicarnos, para contarnos, para mostrarnos aquello que le interesa que sepamos o que conozcamos: «me refiero», «yo tampoco, no sé muy bien»... Hay también interpelaciones a los lectores: «si supierais», «os tengo que decir», «te lo diré»,



# GERONIMO STILTON

PREMIO ANDERSEN  
AL MEJOR PERSONAJE  
INFANTIL

Ya están a la venta  
tres fantásticos  
títulos del famoso  
escritor y director  
de *El Eco del Roedor*



¡Unas historias  
morrocotudas!

DESTINO



«os voy a contar», «en secreto os diré», «como habréis adivinado»... La interacción con el lector es continua: «Quizá, si sigues leyendo esta historia, halles la verdad. Si has acertado, pídele a tu madre que te compre un chupa-chups de recompensa, y si no, pídeselo también, porque eso siempre sabe bien» (*Más batautos*, p. 94).

*Los batautos en Butibato* nos ofrece un caso curioso porque los batautos tienen noticia de la narradora y se vuelven algo orgullosos y pretenden que siga escribiendo sobre ellos. Es algo como lo que sucede con otro de los personajes de la literatura infantil actual, *Manolito Gafotas*: «Le podríamos mandar uno a esa que escribe nuestros libros, a ver si espabila» (p. 13), «Bueno, no es que yo esté enfadada, pero creo que los que debían espabilar son ellos, y darse cuenta de que en días de viento es muy peligro-

so mandar un globograma, porque se puede desviar. Y que si sé todo lo que os estoy contando, no es porque haya recibido su mensaje (que vaya usted a saber dónde ha ido a parar), sino porque, como ya os dije en otro libro, hay noches que se me llena la cabeza de batautos y veo todo lo que les está pasando» (p. 17).

Ahora bien, el colmo de la narración lo tenemos en *Serase una vez* donde se cuentan distintas historias en futuro porque no han ocurrido aún; ésa es la transgresión absoluta. Ya no se trata del «hace muchos años ocurrió» o «en tiempos antiguos» o esas fórmulas de apertura de los cuentos que todos conocemos, sino que es al revés: «Esto que os voy a contar no pasó hace muchos años, como la mayoría de los cuentos. ¡Qué va! Pero lo más extraordinario es que tampoco pasó hace pocos años. ¡Ni hablar! Esto que os voy a contar está por pasar, o quizá no



ANTONIO TELLO, EL PAMPINOPLAS, SM, 1979.



MARGARITA PUNCEL, ANICETO, EL VENCECANGUELOS, SM, 1990.

pasará nunca jamás. ¡Vaya usted a saber! Pero lo que yo voy a hacer es empezar de una vez» (p. 13).

La escritora utiliza pocas descripciones, ya que lo más importante es la narración que intercala entre diálogo y diálogo a manera de pequeñas pinceladas, la mayoría de las veces formadas por frases simples. Tanto el diálogo como la narración aparecen llenos de dinamismo: «Así que volvió a su casa y para compensar el descuido se tomó tres zumos de naranja, tres tostadas con mantequilla y mermelada y tres tazas de chocolate muy espeso. Después de eso, se sintió tan requetecontento que dio un salto tremendo y se pegó contra el techo» (*Los batautos hacen batautadas*, p. 46).

## La lógica de lo absurdo

La mayoría de los relatos que estamos analizando tienen a la propia Consuelo Armijo como observadora, incluso, a veces, como protagonista o, al menos, como punto de partida de la obra: «Yo

estuve a punto de ponerme también un letrero de frágil en la frente, para que tuvieran cuidado conmigo y no pusieran paquetes en lugares de paso, donde podía tropezar y hasta caerme». (*Guiñapo y Pelaplátanos*, p. 10).

Ella, la narradora, es quien recoge, con sus palabras, los comportamientos y las aventuras de un puñado de seres estrafalarios que sólo ella y los niños pequeños e imaginativos pueden ver. Y lo hace así tanto en las narraciones como en las obras de teatro, que siguen un ritmo ágil y contienen unas acotaciones llenas de sugerencias e, incluso, propician la participación del público infantil, porque ella escribe para los más pequeños, para los niños de 5 a 7 años, pero también para todo aquel que tenga curiosidad y quiera participar de la más pura fantasía. Y es que no hay nada imposible para Consuelo Armijo. Es una especie de hada que con su varita mágica, hecha de palabras, transforma el mundo y la realidad. En su propio universo creativo, el absurdo, lo imposible, lo más extraordinario, adquieren, de re-

rente, categoría de lógica aplastante en otro lugar, en otra dimensión, en el país donde viven los personajes que protagonizan estas aventuras. ¿O es que nos habíamos creído que sólo lo que ocurre en nuestro mundo es real?

La autora es capaz de darle la vuelta a todo y de hacer que las cosas más ilógicas cobren veracidad; incluso se permite alguna trasgresión y muchos guiños al lector espabilado:

— «—La escuela, ¡qué tontería! Es más divertido subirse a un pino y ver a los pájaros en sus nidos» (*Marabato*, p. 58).

— «Pero el abuelo entendió la respuesta. Eso quería decir que sí que lo había aprendido en jueves. Pero no le importó, lo cual era normal, dado que la cosa no tenía importancia; lo anormal hubiera sido que le hubiera importado» (*El Pampinoplas*, p. 10).

— «Erito no estaba allí, pero en un pedestal en medio de la habitación se hallaba el caramelo. En el pedestal estaba escrito: “Primer Trofeo Partida de Canicas”, y enmarcando el caramelo había una cinta blanca con la siguiente inscripción: “Lo importante es la técnica, la técnica es lo que importa” [...] Ese caramelo es un símbolo» (*Los batautos*, p. 112).

— «Desde entonces, la buena y antigua costumbre de dar volteretas volvió a quedar implantada para siempre» (*Los batautos*, p. 123).

— «Precisamente la corona buena del domingo. Esto me pasa por ponérmela hoy, que es jueves y no tocaba» (*Los batautos en Butibato*, p. 30).

Consuelo Armijo es una narradora irónica que no cree en verdades inamovibles. Así, el pobre Peluso no puede dormir por pensar demasiado: «Estaba casi amaneciendo cuando, por fin, Peluso, víctima de la cultura, logró olvidar su gran problema y dormirse» (*Más batautos*, p. 30). En otro momento, incluso, se cuestiona el propio proceso creativo: «Estaba empezando la primavera, y para los espíritus elevados y poéticos, como el de Peluso, esta época era muy importante. Tan importante, tan importante era, que un día Peluso se levantó antes de que amaneciera, cogió papel y lápiz, se subió a una montaña altísima, desde la cual se dominaba un paisaje maravilloso, y se dispuso a escribir poesías a la luz del amanecer. Pe-



CLARA PÉREZ ESCRIVÁ, GUINAPO Y PELAPLATANOS, MIÑÓN, 1985.



ANTONIO TELLO, EL PAMPINOPLAS, SM, 1979.

ro resultó que, por más que chupaba la punta del lápiz, cosa que otras veces había sido para él fuente de gran inspiración, no se le ocurría nada, y mientras el lápiz iba consumiéndose a fuerza de ser chupado, el papel seguía en blanco. En esto, Peluso dio un salto, luego tres estornudos, y luego empezó a escribir, sacando la lengua para ayudarse» (*Más batautos*, p. 40).

A Consuelo Armijo el tiempo no le importa y a sus criaturas tampoco. Es algo con lo que no cuenta porque esos seres siguen sus propios ritmos interiores: «Yo me acuesto cuando tengo sueño, y me levanto cuando me despierto. Nunca miro la hora», dice Buu, y Peluso añade: «Yo me acuesto cuando acabo de cenar, y me levanto cuando tengo ganas de desayunar. Tampoco miro la hora» (*Más batautos*, pp. 136-137).

Para luchar contra el tiempo, incluso, puede escribir en futuro, como ya hemos visto, una historia que está por suceder, en *Será una vez*. Pero, ni los batautos ni los otros seres, ni la propia narradora lo pueden evitar: «Y mientras, muy des-

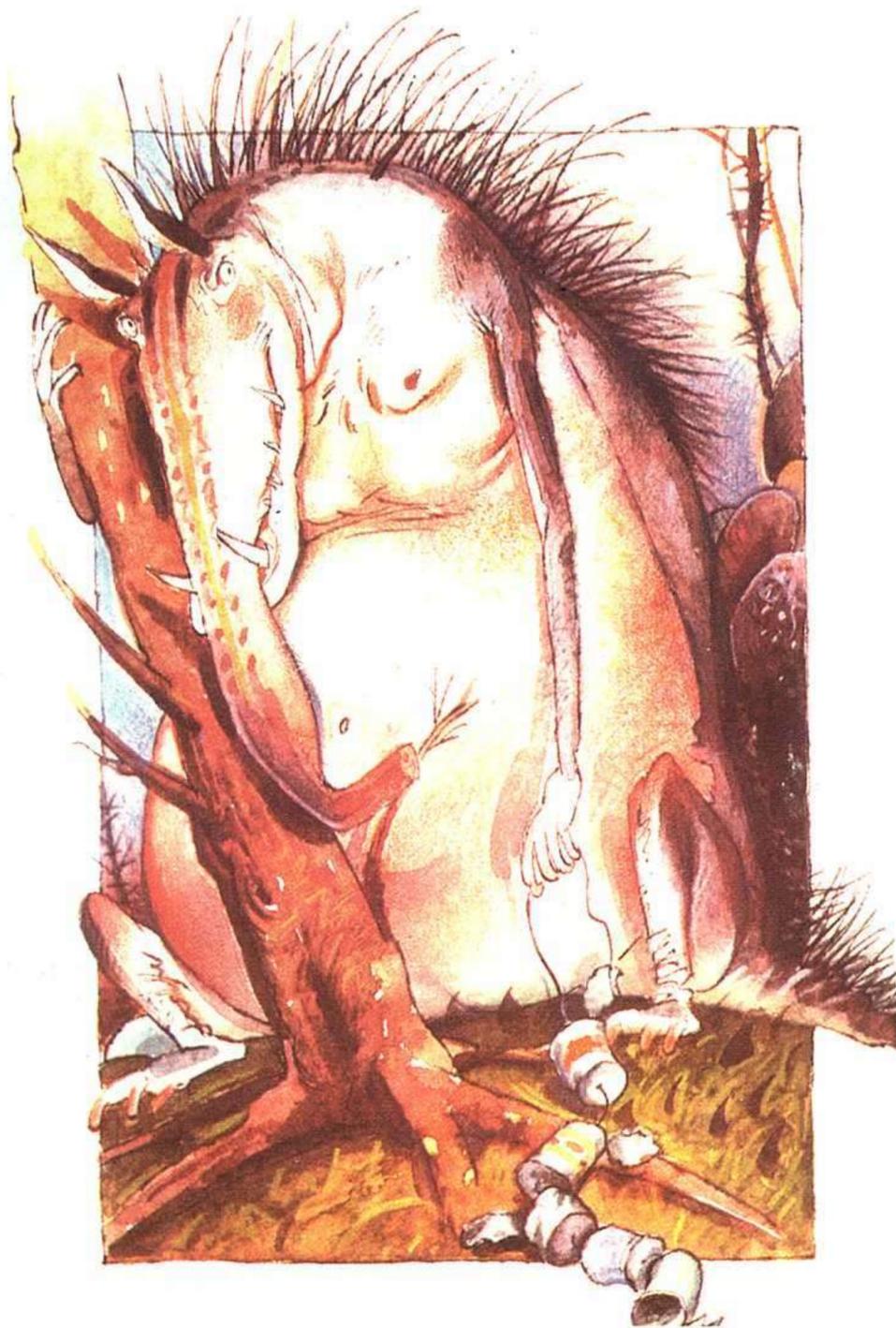
pacito, sin hacer ruido, el tiempo pasaba y pasaba» (*El Pampinoplas*, p. 90).

Los objetos, las cosas más absurdas cobran vida en sus relatos; bicis que no sirven en las cuevas, máquinas que transforman el mundo, carros tirados por cabras lecheras, casas al revés, dados que marcan el siete, tortilla de zapatos, una casa con orejas y un puñado de objetos más que son el contrapunto perfecto para las aventuras estrafalarias. La hipérbole lo inunda todo, pero lo más curioso es que el lector se adapta y acaba aceptándolo como si fuese lo más natural del mundo. Ahí está una de las claves del éxito de Consuelo Armijo, de su vigencia, en el hecho de que transforma lo absurdo y lo convierte en cotidiano, al menos para sus personajes. Personajes que no desaparecen del todo porque el lector tiene la capacidad de invocarlos y de hacerlos volver a la vida una y otra vez: «¿En qué se convierten los personajes de los cuentos cuando los cuentos se acaban? ¿Serán esas minúsculas partículas de polvo que flotan en el aire y que sólo se ven cuando el sol las ilumina?

na? Te lo diré. No, ellos no son polvo, aunque flotan y revolotean por todas partes; y lo que los ilumina no es el sol, sino tú cuando piensas en ellos. Pero lo mejor es que si abres el libro siempre los encontrarás allí, dispuestos a volver a empezar» (*Marabato*, pp. 121-122).

## Valores

Las peripecias que narra Consuelo Armijo no sólo nos interesan desde el punto de vista lingüístico —que es de una gran riqueza como hemos visto—, ni por la narración —que es dinámica y ágil—, sino también por los valores que transmite. Y es que el poso que nos queda tras leer sus obras es de ternura, de amistad, de cariño y de comprensión. Todos los personajes nos dejan una huella de afecto, de buen humor, de risa, de alegría desbordante. Amistad y afecto entre Poliche y su abuelo, entre Poliche y las gentes del pueblo, amistad hacia el Pampinoplas que deja de hacer barrabasadas, afecto de Venurada hacia



JAVIER SERRANO, EN VIRIVÍ, ANAYA, 1988.

Guiñapo, comprensión entre las gentes de Viriví y las de Varavá, que acaban decidiendo, tras jugar un partido de fútbol, que los dos han ganado; amistad entre Salustiano y su perro Mamarracho, que le hace perder el temor; amistad entre Inés y Mercedes que transforman las cosas y el mundo; afecto entre los batautos; amistad de la tía de Marabato que proyecta un montón de camas en su nueva casa para todos los que quieran ir a dormir y amistad la que sienten los amigos de Marabato hacia él: por ayudarlo, le llevan cosas imposibles: «Y entonces llega el Rojo, con sus rosas tan rojas, y el cuarto de Marabato se convierte en un rosal. Hay rosas rojas encima de la colcha, el armario, las sillas, la mesilla, las paredes, el suelo y hasta el techo. Las rosas brillan por la alcoba. ¡Todo huele a rosas! Qué a gusto se en-

cuentra Marabato y... ¡sus narices se destaponan!» (*Marabato*, p. 42).

El mundo mágico y sorprendente que Consuelo Armijo ha creado con sus palabras es el mundo donde se confunden los términos, donde no se está seguro de nada, donde es fácil encontrarse con cualquier ser u objeto extraños; es el mundo de la ilusión, de la fantasía; es el mundo de la infancia en donde todo es posible y es el mundo de los que no creen que para crecer haya que renunciar a ser feliz, a ver el mundo con ojos de sorpresa, a tener sueños e ideales: «Esos son unos sueños muy bonitos. Son deseos que están encerrados en nuestro corazón y, si por el día no se hacen verdad, por la noche se escapan a flotar por el mar» (*Marabato*, p. 62).

Los niños que lean las obras de Consuelo Armijo aprenderán, sin duda, a ser

más observadores con las cosas, a mirarlo todo con ojos más poéticos porque todas las aventuras que nos narra, pese a la hilaridad que emana de ellas, están llenas de afecto y ternura. ■

\*Anabel Sáiz Ripoll es doctora en Filología y profesora en el IES Jaume I de Salou (Tarragona).

## Notas

1. *Garbancito*, diciembre de 1987. Mes dedicado a Consuelo Armijo. Quiero darle las gracias a la escritora que me ha facilitado mucha información acerca de su obra, así como algunos de sus libros. Del mismo modo, gracias a la profesionalidad de la Fundación Germán Sánchez Ruipérez.
2. *CLIJ* 41, p. 14. «Celia era la única que me comprendía», por Consuelo Armijo.
3. *Ibid*, p. 14.
4. *Peonza* 2, febrero 87.
5. *CLIJ* 42, p. 12.
6. *Papeles de Literatura Infantil*, 3, marzo de 1987, p. 3.
7. *Ibid*, nota 4.
8. Antonio García Teijeiro, «El humor y el disparate como vehículo literario», en *El Faro de Vigo*, 22-2-86.
9. *Peonza* 2, febrero 87.
10. Consuelo Armijo, «El nonsense, un arma contra las mentes cuadradas», *CLIJ* 45, p. 31.
11. *CLIJ* 42, p. 12.
12. *Cuatrogatos* 3, julio-septiembre 2000.
13. *Comunidad de Madrid* 15, 1994, p. 37.
14. En *Ya*, sábado 16 de enero de 1988.
15. Juan Cervera, *Teoría de la literatura infantil*, Bilbao: Mensajero, 1991, p. 205.
16. Anabel Sáiz Ripoll, «Literatura infantil en primera persona», en *Alacena* 27, 1997.

## Bibliografía

- Los batautos hacen batautadas*, Valladolid: Miñón, 1984.  
*Aniceto, el Vencecanguelos*, Madrid: SM, 1989.  
*A Viriviví*, Madrid: Anaya, 1989.  
*Bam, bim, bom, ¡arriba el telón!*, Madrid: Susaeta, 1989.  
*Los batautos en Butibato*, Madrid: SM, 1993.  
*Serese una vez*, Madrid: Espasa-Calpe, 1997.  
*Guiñapo y Pelaplátanos*, Madrid: 2000.  
*Los batautos*, Madrid: SM, 2001.  
*Más batautos*, Madrid: SM, 2001.  
*El Pampinoplas*, Madrid: SM, 2002.  
*Marabato*, Madrid: SM, 2002.